

“LA VOLUNTAD, LA FE Y LA FAMILIA SON LOS VALORES QUE NOS DAN FUERZAS Y NOS IMPULSAN EN LOS MOMENTOS DE CRISIS”

Néstor Montú

Los orígenes

Nací el 28 de agosto de 1930 en Rafaela, en una familia numerosa de siete hermanos, como era común en aquellos tiempos. Mis padres eran argentinos, hijos de inmigrantes italianos del Piamonte.

Disfruté de una infancia en una familia de clase media y buenos valores, como la honestidad, la laboriosidad, el estudio y el respeto.

Cursé la primaria en las escuelas Mariano Moreno y Juan Bautista Alberdi, entre el '37 y el '44, para luego ingresar a la Escuela Fábrica Guillermo Lehmann, donde aprendí distintos oficios, como carpintería, herrería, fundición y tornería.

Guardo grandes recuerdos de aquellos tiempos. Tuve una juventud feliz, con diversiones sanas, bailes en el club y tertulias familiares.

En segundo año, dejé los estudios para trabajar en un taller mecánico. Empecé como aprendiz y allí estuve unos cuatro años. En el '50, ingresé a la empresa familiar donde desarrollé mi actividad laboral por más de cinco décadas.



En la escuela. Soy el segundo de arriba hacia abajo, en el tobogán. Década del '30



A los 17 años, con mis compañeros del taller mecánico. Soy el primero desde la derecha en la fila de abajo. Fines de la década del '40.

Los comienzos de IMAI

En 1913, Don Mauricio Drubich llegó a la Argentina proveniente de Odessa. Era un hombre inteligente, y llegó con su experiencia en el trabajo del cobre. Se radicó en Rafaela, donde abrió un taller de reparaciones; aunque también hacía niquelado, fabricación de llaves de bronce y otras actividades para la industria láctea. Con él, trabajaba Don Simón Jeiker, también inmigrante de Odessa y cuñado de Don Mauricio.

En Rafaela, también tenía su taller Don Félix Giorgi, un herrero llegado de Torino.

En el '33, estos dos talleres se fusionaron en una nueva empresa, De Giorgi, Drubich y Cía, dedicada a la satisfacción de las necesidades de la floreciente industria láctea de la zona. Fabricaban tanques de leche, moldes para quesos, bombas y válvulas.

En el '39, Don José Demetrio Montú, mi padre, se incorporó a la compañía, primero como empleado y luego como socio. Años después, en el '55, se sumó el cuarto socio, el Ing. Eros Faraudello. En los '70, la firma acabaría constituida bajo su nombre actual: IMAI S.R.L.



La vieja planta de IMAI.

Los comienzos como empresario

En 1950, tras el fallecimiento de Don Félix Giorgi, la empresa salió a la búsqueda de gente joven para lograr la continuidad del proyecto. Así fue como mi padre me ofreció incorporarme a la compañía. Mi primera tarea fue asistir a un oficial veterano en la fabricación de una paila de bronce.

Luego, fui pasando por todas las secciones: chapería, moldes, repujado de tachos, pulido, armado, prensa, corte y demás actividades.

Era un trabajo artesanal, ya que las máquinas tenían costos prohibitivos. Si necesitábamos un equipo, teníamos que fabricarlo nosotros. Así, a puro ingenio, fuimos equipando el taller con soldadoras automáticas, mesas posicionadoras giratorias y viradores.

En la medida de nuestras posibilidades, íbamos mejorando la planta, y reemplazando la fuerza bruta del obrero por la inteligencia de la tecnología.

Un equipo ganador

A comienzos de los '60, empezamos a fabricar plantas completas para la producción de leche en polvo. También trabajábamos en otras industrias afines.



Con mis socios, Enrique Jeiker y Eduardo Drubich, en un viaje de negocios en Europa.

Hacíamos equipos de secado de sangre animal, de tanino, y de caolín, para la fabricación de azulejos.

Así fuimos creciendo, y la segunda generación fue quedando al frente del negocio.

Enrique Jeiker, hijo de Don Simón, se encargaba de las tareas de innovación e ingeniería. Mario Drubich, por su parte, manejaba el almacenamiento y las compras. Mi hermano, Helvio Montú, fue por mucho tiempo el Presidente de la empresa. Era una persona de extraordinario impulso y dotes comerciales. Mi tarea, por último, estaba más centrada en la gestión de la producción, el estudio de planos y la inspección.

Si bien cada uno cumplía una función específica, tomábamos las decisiones en conjunto. Era un equipo que funcionaba muy bien.

Asumimos la conducción prometiéndonos respetar la regla de hierro de los fundadores: “Los clientes y los proveedores deben ser amigos a lo largo del tiempo”. El crecimiento de nuestro proyecto industrial debía contribuir al progreso de toda la sociedad.

Haciendo industria en la Argentina

En el '72, para cubrir una necesidad de mayor espacio y mejor equipamiento, se incorporó a la sociedad la firma danesa Niro Atomizer (hoy, GEA Process Engineering). En aquel año comenzamos las obras para nuestra planta de 5000 m² del Barrio Amancay, que inauguramos en el '78.

Desde nuestras nuevas instalaciones, podíamos encarar proyectos de mayor envergadura. Por ejemplo, en nuestros comienzos, un tanque térmico de 5.000



Interior de la planta de IMAI.

litros nos parecía inmenso. Luego, empezamos a fabricar de 10.000 y ahora hacemos de 500.000.

En el '97, adquirimos un establecimiento de 10.000 m² en la localidad de San Vicente, para la construcción de tanques. Así, nuestras instalaciones de Rafaela quedaron dedicadas a la fabricación del resto de nuestros equipos, como evaporadores, componentes para cámaras de secado y plantas queseras.

Por supuesto, no todos han sido éxitos. A lo largo de los años, hemos estado sujetos a las contingencias de todo industrial argentino. La apertura comercial de los '90, sumada a la sobrevaluación de la moneda, nos enfrentó al desafío de enfrentar productos de países contra los que era muy difícil competir. Sólo la voluntad férrea de todo el equipo pudo hacer que nos mantuviéramos de pie y lográsemos contar esta historia.

IMAI, hoy

Actualmente, IMAI es una firma especializada en la fabricación de máquinas para la industria alimenticia. Tenemos una larga trayectoria, y una importante presencia en el mercado.

Gracias a nuestro plantel de 130 empleados y nuestra tecnología de punta, hemos tenido distintos reconocimientos.



La familia Montú.

En el '98, la firma italiana REDA S.p.A. nos eligió para ser su representante en la región, en la fabricación de desnatadoras, esterilizadores y pasteurizadores. En 2004, conseguimos la licencia de fabricación de componentes de la compañía alemana Alpma, líder mundial en la construcción de plantas queseras.

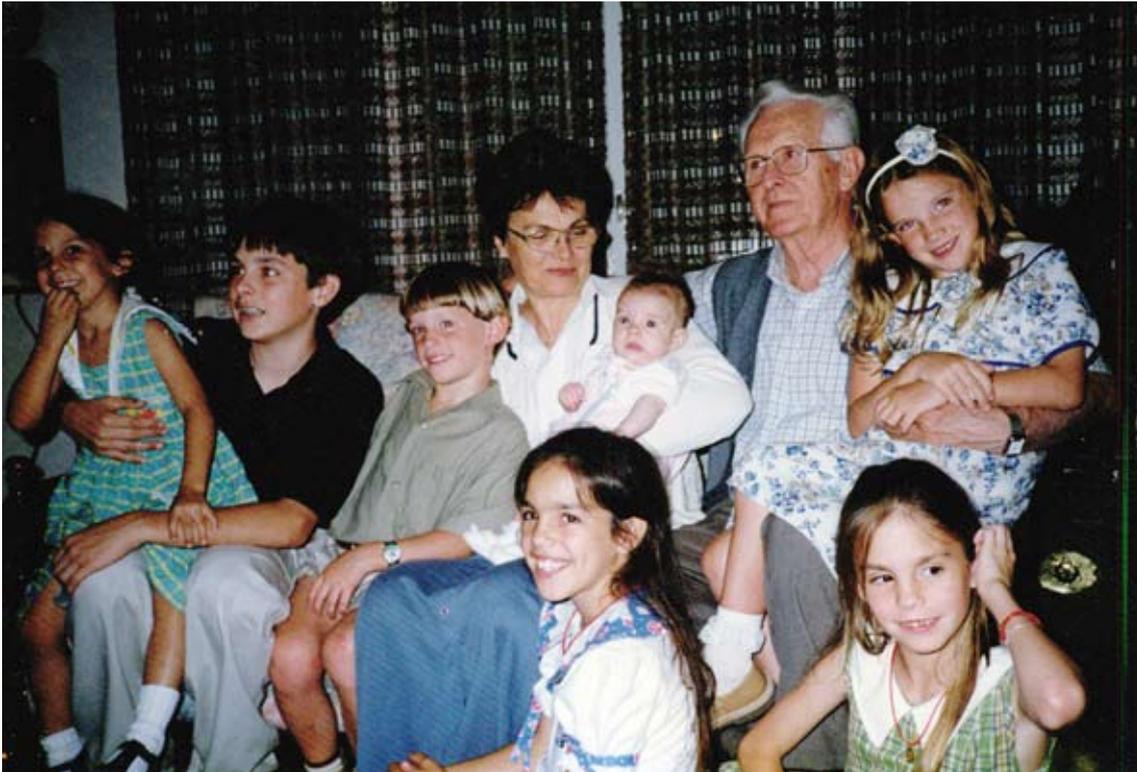
Hemos pasado por momentos de felicidad por el crecimiento, y otros de profundas preocupaciones, en que nos resultó muy difícil seguir en el mercado. Pero siempre seguimos apostando por un futuro más promisorio.

En 2013, se cumplirán los primeros 80 años de nuestra empresa en el mercado, todo un logro para un país con tantos vaivenes como la Argentina.

El legado

Yo, que fui la primera incorporación de la segunda generación, ya estoy retirado de la gestión cotidiana de la compañía, pero sigo formando parte del Directorio.

Soy de costumbres sencillas. Un hombre que disfruta de su hogar, de mi esposa Teresa, mis hijos Viviana, Fernando, Eduardo, y Mariela, y mis nietos y bisnietos. Como pasatiempo, atiendo el jardín de nuestra casa y el contacto



Con mis nietos y mi señora, Teresa.

con la naturaleza. Cuando me jubilé, empecé a aprender computación, para conectarme con el mundo y poder registrar las reflexiones que quiero dejar como legado.

Mi vida siempre estuvo marcada por la imagen de mi padre, con sus actitudes de firmeza, honradez y respeto. Siempre procuré dar al máximo de mis energías y capacidad para el sostenimiento de las fuentes de trabajo.

Me produce una inmensa satisfacción ver la obra realizada. Creo haber cumplido con mi tarea, transmitiendo la antorcha desde la generación fundadora hacia la tercera, que tendrá la responsabilidad de liderar a IMAI en el siglo XXI. A ellos, les aconsejo que mantengan la unión y las fuerzas, sin olvidar jamás los fundamentos que nos legaron nuestros padres.

La riqueza material no es lo que destaca al hombre. La voluntad, la fe, la familia que contiene, los valores morales son los que dan fortaleza e impulsan en los momentos de crisis.